

Maternidad(es)

Maternity/maternities

Carolina Bergese

Universidad Nacional de Mar del Plata

Tengo treinta y dos años y no tengo hijos.

Cada comienzo de año, me enfrento a la fatídica pregunta: “¿Cuántos años tenés? ¿Hijos? ¿Cuándo vas a tenerlos? Mi mamá a tu edad ya tenía tres...”. Ser mujer y profesora conlleva a la maternidad. Te hacen sentir madre a la fuerza de adolescentes perdidos y de huérfanos digitales. Una colega, el viernes antes del día de la madre, me dice: “¿Tenés hijos?” No, contesto. “Bueno, algo maternal debés tener para estar trabajando acá”. Y sí, uno debe aceptarlo, aunque cueste.

En las escuelas, cada año se renueva el público y uno se enfrenta, como en una cinta de *moebius*, a los mismos rituales. Aprenderse nombres –cada vez más originales y exóticos–, identificar cara con nombre, y reconocer letras y faltas ortográficas frecuentes. Como pasa en las escuelas periféricas de la ciudad, los chicos no comienzan todos juntos, la lista se achica y se agranda continuamente. O sea, todo el tiempo estoy tratando de aprenderme nombres. Y vale decir, para ellos, esto es muy importante.

Jazmín empezó a mediados de abril. Apenas me miró cuando me presenté a su lado y me dejó bien clarito que a ella no le gustaba la materia. Se ubicó en un rincón y no dejó su celular. A veces interrumpía la clase, para hacernos partícipes de sus charlas telefónicas con su tía: “La boluda no sabe dónde bajarse”. Tienen casi la misma edad y se criaron juntas.

Luego de leer “Corazón delator”, me acerco a ella y a su compañera de banco que riendo me preguntan si estoy embarazada. No, les digo. Ellas tratan de excusarse, pero se ríen en forma nerviosa. Por un momento fui un reflejo, no fui yo. La amiga me dice, ella está embarazada, se enteró hoy.

Una, imbuida de todos los mandatos sociales, comienza a sentirse que representa, que no solo se es, sino que una está cargada de todo lo que nos atraviesa. Empiezo a formular preguntas que no sé de dónde salen: ¿le contaste a tu mamá?, ¿el papá lo sabe?, ¿cómo estás?, etc., etc... ella se toca la panza a cada instante.

Pasó una semana. La vuelvo a ver e, inmediatamente, vuelvo a hacer las mismas preguntas. Todavía no le dijo a su mamá, pero lo va a hacer esta misma tarde, para eso va con su amiga. No quiere ir sola. Tiene miedo. Cortó con el novio. Al terminar la clase, subo al colectivo. Ellas también. Se me acercan y vamos charlando todo su recorrido. Me preguntan a dónde voy y yo sigo en mi rol de asistente social no matriculada, sin experiencia ni título. Le tiene más miedo al papá. Típico: padres separados, no lo ve nunca, pero le advirtió más de una vez que:

“si quedás embarazada, te cago a palos”. Y me cuenta que la madre la tuvo, más o menos, a la misma edad que ella, por eso no quiere contarle. Ella sabe.

Pasan un par de semanas más, falta a clases. Hay paros y desinfección, pero no me detengo en eso, porque pertenecería a otra crónica acerca de cómo la educación pública bonaerense sobrevive a todos los embates. La vuelvo a ver. La madre ya sabe. Fue al médico. Está de un par de semanas. Tiene un hambre voraz. Nombres posibles, varios y todos de raíz cristiana. También arregla para salir, hay una juntada en el barrio Las Heras. “Ese barrio en el que mataron a un pibe”, grita uno desde el lado opuesto del aula. Sí, ahí querían ir, pero no sabían cómo llegar. Me preguntan a mí, mientras despliegan el GPS del teléfono. Obvio que no sé ni cómo ir ni qué bondi las deja. Pero les pido que se cuiden – sí, muy maternal otra vez.

Un jueves, llego al aula, la profesora anterior no había venido. Eran solo seis chicos de los 15 que vienen siempre y les había llevado un juego para escribir historias. Jazmín me dijo que solo había venido para traerme la carpeta y un cuento que les había pedido. No se sentía bien. Me pongo enfrente de su banco para charlar. Entre susurros y llantos me cuenta que hace unos días estaba cuidando a su sobrino. Se agachó para levantarlo y sintió una punzada fuerte. Lo había perdido. Tendría que estar en cama, pero estaba ahí, contándome. Ahí yo, nuevamente maternal y en contra de lo institucional, abrazándola, conteniendo a ese ser. Creció rápido, se dio cuenta de muchas cosas, que no era el momento, que se hubiera perdido de mucho, que el novio no le convenía. Me ausento una semana, porque voy a un congreso sobre crónica, en Salta. El primer jueves que los vuelvo a ver, escucho desde el fondo: “Te extrañé”.